

# MANOLO GARCÍA: un hombre de Iglesia

*Todos los deberes del hombre están encerrados en estos dos puntos:  
resignación a la voluntad del Creador  
y caridad para con nuestros semejantes.*

*Alexander Pope*

Pocas horas antes de fallecer había llamado a Felipe Oliva, el editor de la revista *Amor y Vida*, publicación del Movimiento Familiar Cristiano que él mismo fundara años atrás. Estaba preocupado por los trabajos del próximo año. Después, había estado conversando con unos amigos. En altas horas de la noche del jueves 27 de octubre, aún los amigos en casa, sintió otra vez el dolor en el pecho y falleció sin que pudiera hacerse nada.

Hacía apenas dos semanas había sufrido un grave infarto. Necesitó una intervención quirúrgica endoscópica y, aparentemente mejorado, se despidió de la última hija que le quedaba en Cuba, y de los tres nietos que vivieron junto a él y a Charo, su esposa. A pesar de todo, no se daba por vencido. Comentan sus amigos cercanos que lo más impresionante de la convalecencia eran sus ganas de vivir; ese ánimo que no le abandonó nunca, y puso siempre al servicio de la Iglesia y de su Obispo hasta el último momento.

Manuel García Gómez nació en Ciudad de la Habana el 23 de julio de 1945. Estuvo ligado a la Iglesia Católica habanera desde la infancia, y fue un miembro activo de sus movimientos juveniles. En los años difíciles para los católicos, no sólo mantuvo su compromiso cristiano. Logró concluir la carrera de licenciado en economía y laboró en el Banco Nacional, algo que le sería de mucha ayuda en su desempeño posterior en el Arzobispado de La Habana. Manolo y Charo (Rosario Prado) constituyeron una pareja y una familia emblemática en la diócesis.



Casados por más 30 años, tuvieron 3 hijos y 8 nietos que, como tantas familias cubanas y por disímiles razones, vieron desgajarse poco a poco. Siempre partiendo de sus propias experiencias como matrimonio y como padres, fueron eficaces promotores de los valores cristianos de la familia. Fundadores del Movimiento Familiar Cristiano (MFC), habían asumido su dirección hacía varios años, en momentos en que el testimonio y, sobre todo, la iniciativa y el compromiso de las familias católicas era muy importante para la diócesis habanera.

Las palabras compromiso e iniciativa subrayan bien el hacer de Manolo y Charo al frente del MFC. Compromiso asumido desde la voluntariedad y la libertad de los matrimonios católicos para pertenecer

al Movimiento, y una vez en él, lograr que las personas, como tantas veces dijo Manolo, se sintieran en una gran familia. Iniciativa, porque les debemos a ellos y a otros eficientes colaboradores, la organización anual de la Jornada de la Familia, los siempre interesantes encuentros de matrimonios, y traer conferencistas y expertos extranjeros y nacionales para compartir las certezas, las dudas y las preocupaciones sobre la educación de los hijos, la vida en pareja, la escuela y hasta cómo disponer de los *pequeños encantos* del hogar.



En este sentido, Manolo poseía un carisma, un don especial. No eran solo sus ideas y su capacidad de organizar cualquier evento, por complejo que fuera. Podía tener frente a él decenas de matrimonios de casi todas las parroquias de la Diócesis, conocer los nombres de cada uno, a la comunidad que pertenecían y aún preguntar por sus hijos o por alguna necesidad particular de algún miembro de la familia. Inseparable del MFC es la revista *Amor y Vida*, publicación trimestral del movimiento. También idea suya, comenzó como boletín de escasas páginas y pretensiones hasta convertirse, en los dos últimos años, en órgano con identidad propia, con artículos originales,

colaboradores permanentes y diseño agradable. Era la intención de Manolo, y así se lo hizo saber a quienes escribimos para la Iglesia, aumentar el nivel de información y formación en sus páginas. Basta leer el número del último trimestre para darse cuenta de ese propósito.

Fue, precisamente, su responsabilidad e iniciativa personal, que mucho debía a la alta confianza que tenía de sí mismo, lo que llevó a un fructífero trabajo como administrador del Arzobispado de La Habana, dónde laboraba desde 1994. Eran los difíciles años de inicios del llamado Período Especial y de la despenalización de las divisas, y después, la preparación de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba.

Quién lea estas notas y haya conocido la capacidad de Manolo García para gestionar la compleja economía de la Diócesis en esos años, comprenderá que hablamos de un ser humano dotado, excepcionalmente, para esas tareas. *Lo que Manolo García no resuelve, no lo resuelve nadie*, era la frase corriente que podía oírse en el Arzobispado ante cualquier emergencia, que fueron muchas en estos años.

Solo habría que añadir, y no debe quedar en el tintero, que vivía por y para la Iglesia, por y para ser fiel a su Arzobispo, S.E. cardenal Jaime Ortega.



Fue de los pocos laicos que acompañaron a Su Eminencia en Roma durante su ordenación como cardenal. Era una confianza recíproca. En público y en privado, el Arzobispo siempre manifestó aprecio por la labor administrativa y apostólica de Manolo García. Quienes estuvieron cerca en los meses precedentes, coinciden en señalar su desvelo por la situación económica del país, la cual, de manera directa o indirecta, afectaba los recursos de la Arquidiócesis y la misión evangelizadora.

Habría detalles, hechos que parecerían no tan importantes como los mencionados, y que, sin embargo, darían una idea más próxima de quien ya nos espera en la Casa del Padre. La mayoría tiene

que ver con la ayuda a un enfermo, el consuelo a padres e hijos separados por emigración o muerte, el amparo material, hasta dónde era posible, de una familia en apuros. Esas anécdotas estarán por años en las bocas de los sencillos trabajadores del Arzobispado, en la de los vecinos de Habana # 152, esquina Chacón, en el interior de los hogares de la barriada de Santos Suárez y en las mentes de los feligreses de *Los Pasionistas*, su querida comunidad.

Fue allí dónde el viernes 28 de octubre, a las 2 de la tarde, se realizó la misa de cuerpo presente oficiada por S.E. cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de la Habana. Sobre las 4 PM llegaron los restos al Cementerio de Colón, dónde ya lo esperaban hermanos de toda la Diócesis. Monseñor Alfredo Petit, Obispo Auxiliar de La Habana, hizo la oración fúnebre en la capilla del camposanto, pequeña para cientos de familiares, ordenados, hermanos y amigos, en una de las inhumaciones más nutridas que se recuerden en los últimos años.

Pienso que muchos no olvidaremos lo fácil que resultaban las cosas difíciles en manos de Manolo García: cuando parecía no haber salida, y alrededor todo semejaba oscuridad, esbozaba esa sonrisa pícara y a la vez optimista que nunca lo abandonó, y agregaba que confiáramos en el Señor, en su gracia, que ya vendrían tiempos mejores. Entonces, quizás ni él mismo lo sospechaba: la historia de estos años duros para la Iglesia de La Habana ya no podrá escribirse sin mencionar su nombre. (F.A.D.).

